





1

B

954/11



**ELEGIAS Y POEMAS ESPAÑOLES**



22 cm  
R-94962

ELEGIAS  
Y  
POEMAS ESPAÑOLES

Francisco Giner de los Ríos

FINISTERRE  
CALLE DE GALICIA 284  
MEXICO



*Elegías y poemas españoles*, para el orden de esta colección.  
sale con fecha 12 de Julio de 1967.

Ecuador O° O' O", Revista de Poesía Universal, que dirige  
Alejandro Finisterre, publica cinco obras mensuales (los días  
1, 6, 12, 18 y 24 de cada mes).

Esta obra aparece con 10 meses de anticipación.



## INDICE

Unas cuantas explicaciones 15

A LOS MUERTOS DE ESPAÑA 17

### CINCO ELEGIAS:

A Juan en su tierra de Teruel 25

Miguel Hernández 29

Estás aquí (Enrique Díez-Canedo) 33

En la madrugada final de Eugenio Imaz 37

Llanto con Emilio Prados 41

### NOTAS PARA UNA AUTOBIOGRAFIA:

Quiero cantar la vida que he tenido 55

Muerte y vida en el río 59

Las castañas del seminario 63

Con la madre de Juan 67

Collioure, febrero 71

A JUAN REJANO 75



*Al Doctor José Puche,  
español ejemplar,  
mi respeto profundo y mi amistad y agradecimiento  
entrañables*



## ELEGIAS Y POEMAS ESPAÑOLES



## UNAS CUANTAS EXPLICACIONES

*no sé si necesarias*

a) Max Aub es el "culpable" de que estos poemas se reúnan en las páginas siguientes y Alejandro Finisterre ha cooperado decisivamente a ello dándoles generosa hospitalidad en sus ediciones.

b) El poema "A los muertos de España", que formaba parte de *Julio de amor y muerte* (1943), me ha parecido que estaba vivo y nuevo para mí en este mes de julio de 1966.

c) Las cinco elegías dispersas hasta ahora en libros o revistas (la de Emilio Prados), juntan aquí por primera vez su pena sucesiva a lo largo de las fechas que las separan.

d) Las "Notas para una autobiografía" —que en su posible libro final se habrían querido llamar *Fe de vida* si el gran notario poético que es Jorge Guillén no se hubiera adelantado a apellidar así su definitivo y redondo *Cántico*— se anticipan en la casi actual situación que guarda en mi trabajo ese proyecto, con sus poemas absolutamente inéditos. No sé si las "anécdotas" tan dispares que le nacieron de inmediato a su ambicioso poema-prólogo crecerán algún día hasta esa vida completa que quiero contar y cantar desde entonces.

e) Finalmente, el soneto a Juan Rejano, que no recuerdo cuándo escribí al recibir alguno de sus libros y que él ni siquiera conoce, se rescata de mis papeles guardados con un único deseo: hacer llegar al poeta cordobés de nuestra Málaga la fraternidad y el cariño invariables que le guarda su silencioso y siempre amigo F.G.R.



*A los muertos de España*



*(Aunque las sienes vibren con el viento,  
aunque mis labios logren la dulzura  
y la vida florezca entre mi sangre,  
siempre tú aquí, tú, muerte solitaria.)*

Yo debía haber muerto con vosotros  
en la hora exacta de la muerte mía,  
y no tener tan lejos de mi frente  
esa aurora que guardan vuestros huesos,  
esa aurora que es ya vuestra mañana  
cuando crecéis de entre las piedras nuestras.  
Aquella limpia muerte que alcanzasteis,  
llenos de cielo y campo, penetrados  
de abierta tierra ardiendo por los ojos,  
era también mi muerte aquellos días,  
era también la luz que me amparaba,  
la edad que golpeaba por mi pecho,  
la justa, dulce edad para mi muerte.

*(Tengo el recuerdo, muerte, de tu aliento.  
Tengo aún tu presencia por las manos  
cuando cierro los ojos para verme  
y encuentro sólo voz en tu palabra.  
—Dura palabra aquella sobre el campo  
tierno aún de estrellas de la lenta noche,  
amanecida apenas su verdura—.  
Muchas veces te hablé. Nunca te tuve  
en los brazos tan solos que tenía.  
Te vi pasar entre las piedras, sola,  
cantando la mañana de tu nombre,  
mas nunca me tuviste ni te tuve:  
de tu diaria siembra, el campo quieto  
indemne en nuestras voces renacía.*

*Levantar la palabra entre tus brazos,  
quemar la voluntad para quemarla*

*otra vez sin remedio, en la alegría  
de entregar nuestra voz por tu ribera,  
era nacer de ti, nacer del todo,  
ganar la vida a pulso en cada hora  
por derribar tu voz bajo los cielos;  
era vivirte a ti, muerte cansada  
de tanta burla sobre el campo nuestro,  
era llegar a un dios que nos entraba  
por las venas colmadas de su fuerza,  
era encontrar a España en cada noche  
y luchar por su voz cada mañana.*

*¡Qué gloria era esquivarte, muerte mía!  
Pero haberte encontrado en cualquier hora,  
siempre sobre aquel campo, aquella noche,  
hubiera sido entrarse en el camino,  
saberse andando hacia ese dios que llevo  
y que me niega siempre su palabra.  
¡Muertos de España, muertos de mi sangre,  
muertos que estáis allá, sobre mi muerte,  
cantando con mi muerte la mañana!  
Vosotros empujáis un día nuevo,  
crecéis desde lo bondo de la tierra,  
miráis con vuestros ojos destrozados  
la luz que habéis sembrado en nuestros buertos,  
que recorre en los ríos vuestros nombres,  
que clava vuestras voces por España.)*

Yo debía haber muerto con vosotros,  
estar cantando vuestro mismo canto,  
no sentir la impotencia de mi sangre,  
joven y exacta en medio de la vida,  
sin lucha que luchar, arrinconada  
en esta angustia de sentirse quieta.  
Nada vale morir sin vuestra muerte,  
sin aquel campo y cielo, sin las piedras  
que abrieron su dureza a vuestras frentes.  
Y aunque os oigo llegar sobre las aguas

y siento vuestro afán desde mi pecho,  
mi sangre ya no salta entre vosotros,  
ni la voz que me guarda se conierta  
con vuestra voluntad, que era tan mía.



## *Cinco elegías*



**A JUAN EN SU TIERRA  
DE TERUEL**



El mar no nos alcanza  
con sus besos salobres.  
Aquí, sobre la encina  
quiero tallar tu nombre.  
Para sus letras duras  
no encuentro mejor molde.  
Que el viento te dé fuerza,  
la mañana canciones,  
y que tu acento encuentre  
su anchura en este monte.  
El pulso no me tiemble  
ni mi acero se doble.  
Después que aquí te deje  
y en el tronco te ahonde,  
te llevaré conmigo  
en mi sangre más noble  
y escucharé tu grito  
otra vez entre voces.  
Que la paz de esta encina  
tu memoria sazone.

*(Enero 1939)*



MIGUEL HERNÁNDEZ

*... Y siento más tu muerte que mi vida.*

(M. H.)



A estos cielos que escuchan hoy tu nombre  
entre la angustia de mis labios lento,  
a estos campos que tú hubieras alzado  
hasta el milagro de tu voz abierta  
para amarlos, cantarlos y entregarlos,  
a esta tarde redonda de hermosura,  
quiero, Miguel, venir con tu memoria.  
Aquí te siento bien; tengo tu pulso  
y aguardo con la luz tus ojos tristes.  
Olvido, con tu nombre y tu presencia  
clavados dulcemente en el recuerdo,  
tu tremendo dolor y tu agonía  
para encontrarte fresco sobre el agua,  
limpio sobre el silencio de los campos  
y en la luz y el poema compañero.

Te llevo por el campo, dolorido  
mi pecho de tu ausencia y tu llamada,  
y no puedo pensarte terminado,  
tus limpios ojos quietos para siempre.  
Tierno y duro pastor del otro día,  
soñando por las huertas de Orihuela  
una luz incesante y manadora  
que te anegaba el corazón insigne;  
alegrando el color del Manzanares  
con tu blanca camisa, tus abarcas  
y un ardor contenido de Levante;  
cantando entre los tiros del Jarama  
la canción española de la guerra.

No has muerto, que te han muerto entre unos muros  
asesinando el vuelo de tus pájaros,  
la voz de tu garganta amordazando.  
Derribada hermosura sin remedio,  
irremediable muerte a la palabra  
tan lejos de mi sangre y de mi aliento.

Aguárdame, Miguel, en nuestra tierra,  
en la quietud forzosa de tus labios,  
en la clara verdad de tu silencio  
que hace temblar tu cielo con promesas  
de una canción bajando hasta los hombres.  
¡Que su turbia conciencia se deshaga  
con tu sangre indeleble, con tu rayo!  
Y de albas y de auroras nos incendie  
la pasión de tu carne ya cumplida.

Como te alza hoy mi pecho a la ternura  
y a la honda memoria que te guardo,  
quiera la tierra nuestra, que sembraste  
con la dulce semilla de tu nombre,  
cumplir con la mañana su jornada  
y subirte algún día hasta su gloria.  
Miguel de hierba, fuego y alma sólo,  
hermano muerto en esta viva muerte:  
tú empujas con tu sangre y con tu ejemplo  
el limpio amanecer de la esperanza.

*(Tentibucán y México, 18 de octubre, 1942)*

**ESTAS AQUI**  
*(Enrique Diez-Canedo, 6 de junio, 1944)*





Aquella sencillez que me enseñaba  
toda la luz que te encendía dentro  
tenía no sé qué de milagroso,  
de cristalino afán, de transparencia.  
Sólo el amor más alto puede darla,  
amor total, redondo y ya tenido,  
equilibrio logrado, fruto hecho,  
cuando la gracia hasta su centro sube  
y colma en claridad su fuente viva.  
Saber y corazón entrelazados,  
fundidos al calor de esa armonía  
que te bañaba todo de igual luz  
para entregarte en ademán sereno.

¡Qué vigor delicado en tu palabra!  
Junto al rigor que dabas a su acento,  
¡qué dulce la bondad que regalabas  
y qué dulce su colmo, tan medido!  
Y en el cristal de tu sosiego claro,  
¡cuánto vilo interior, nervio escondido,  
seguro de su afán, limpio y perfecto!

Me duele tu memoria por memoria.  
Tan recientes tu luz y tu sonrisa,  
el calor de tu mano y tu palabra,  
no puedo abandonarme a tu recuerdo  
ni a la dulzura que a su voz imprimes  
a través de la angustia de tu muerte.  
Roto el aire de ausencia inevitable,  
se quiebra su agonía entre mi pecho,  
pero te busco siempre como antes,  
como ayer todavía te buscaba  
seguro de encontrarte y de tenerte  
en tu noble presencia, tan amiga.

Te encuentro por las voces de mi hijo,  
en la ternura tuya que aún le queda,  
en su presente eterno que tú llenas  
grande y sencillo desde un cielo alto,  
explicación final de tu silencio.  
Te encuentro sobre el libro que ahora leo,  
en la preocupación que me atraviesa  
y siento tu consejo y tu palabra,  
tu necesario juicio tan preciso,  
sin acritud ni ceño, sentimiento.  
Ahora que hablo contigo, solo y triste,  
temblando limpio el corazón deshecho,  
tu dulce sombra viene con la noche,  
y en su silencio tierno tu sonrisa  
y tu gracia inefable me conmueven.  
Estás aquí, como otras noches buenas.  
¡Hasta mañana siempre, don Enrique!

*(México 10 de junio de 1944)*

**EN LA MADRUGADA FINAL DE  
EUGENIO ÍMAZ**



No puedo, Eugenio, contemplar tu muerte,  
tu inexplicable muerte acontecida,  
y este llanto que sube hasta mis ojos  
no colma en mí la pena con ternura,  
porque es un llanto amargo, seco y duro  
como esa luz inerte en tus pupilas.  
¿Qué miraban tus ojos? ¿Qué estás viendo  
en esta madrugada triste y lenta  
que acompasa sus horas a tu hora,  
mi amistad con tu muerte en compañía?  
Ese misterio abierto en tu mirada  
lo inunda todo y lo levanta todo  
hasta el misterio de sentirte quieto,  
desmantelado para siempre el barco  
que tantos nortes tuvo por la vida.  
Se para el corazón en esta angustia  
y hay un borde en el mundo —el que saltaste  
con dura decisión esta mañana—  
que nos separa eternamente ahora.  
¿Qué buscabas sobre él? ¿A qué asomaste  
esa limpia inquietud que te movía?  
¿Qué última aventura se propuso  
tu sueño levantado, ese desvelo  
que tanta luz te trajo en otras horas?  
¿Quién allá te esperaba y te llamaba  
que no escuchaste a nadie y te volviste  
con ímpetu final a su reclamo?  
Me falta tu respuesta en esta noche  
en que llego hasta ti por vez primera  
para encontrar tan sólo tu silencio.  
En vano me sacudo esta certeza  
de saberte ya muerto; busco en vano  
sobre el recuerdo fiel tus claridades  
con ánimo de verte entre nosotros,  
en vilo por tu voz tu pensamiento,  
encendido tu fuego inolvidable.

Esa angustia serena que tus ojos  
derraman tercamente por la noche  
me pesa sin remedio sobre el alma  
y anega sus hondones de amargura.  
Quisiera de esta pena levantarme  
y levantarte a ti hacia la aurora  
vivo otra vez, relámpago incesante,  
desnudo afán de inteligencia pura  
que se desmanda en su rigor alerta.  
Pero la noche, Eugenio, no me deja  
más que la pesadumbre que la embarga,  
y aunque la aurora llega incontenible  
y un pájaro la canta, ajeno y dulce,  
encontrará ya sólo cuando llegue  
la verdad de tu ausencia irremediable.  
La anuncian, sin tu voz, con su elocuencia,  
que tengo aquí clavada para siempre,  
esa quietud ya eterna de tus sienes  
y tus ojos abiertos al misterio,  
gris y yerta su luz, muerta su lumbre.

*(Veracruz - México, 28-29  
de enero de 1951)*

## LLANTO CON EMILIO PRADOS



*Hubo un testigo del azul sin mancha . . .*

JORGE GUILLÉN

*Pero ¡ay! tan sólo  
cuando era primavera en España.  
¡Solamente en España!  
¡antes, cuando era primavera!*

EMILIO PRADOS

Emilio, hermano, hermano mayor siempre:  
¡qué dolor ha traído esta primavera,  
todo junto, increíble, tremendamente cierto!  
Anoche, en Nueva York, me lo contaron tus hermanos,  
mis hermanos de siempre, Paco y Laura,  
que venían de España  
y venían a contarme tu muerte  
cuando llegaban de la muerte de Concha,  
de Conchita García Lorca,  
la hermana de Federico, tu hermano muerto,  
mi Federico apenas entrevisto  
cuando la poesía se asomaba a lo nuevo de mi vida  
y él perdía la maravilla de la suya,  
hondo completo, tan alegre y tan triste.  
El dolor se me enreda en el dolor  
y me grita que es posible más,  
que todavía es posible más,  
que no hay límite en esto que nos lleva,  
en la vida que sigue  
aunque todo se llene de la muerte.  
Y Concha, allá en Granada —¡qué terrible Granada!—,  
se va con Federico y su Manuel  
hasta el cielo redondo de sus muertes  
para llenar la muerte con su vida.  
Y tú en México, Emilio, te has ido al mismo tiempo  
como quien va a una cita irremediable,  
como el que sabe su razón de muerte  
porque su hora conoce y no la niega.

Y ahora aquí, en Washington,  
en la noche ya alta,  
estoy contigo  
y te recuerdo, te quiero recordar  
para acercarme a tu amistad constante,  
para encontrar de nuevo tu palabra.  
Y bebo, Emilio, bebo,  
bebo como aquella noche  
—yo sé que tú te acuerdas—,  
pero solo,  
tremendamente solo.  
Este bar italiano en que me estoy contigo,  
donde el pan que me dan es un pan verdadero  
que sabe, con su aceite y su sal,  
a la Málaga nuestra de aquel ayer lejano  
—tú venías a Nerja o subías a Vélez  
desde lo azul del mar al verde de la huerta—,  
me hace sentirte aquí y encontrarte de nuevo.

2

Y te veo en Madrid,  
en aquella colina que tiene ya leyenda,  
a la sombra de Alberto Jiménez,  
a la luz de los chopos,  
de aquellos chopos nuestros que tan bien se plantaron.  
Y te veo en Valencia,  
con tu "llanto en la sangre"  
en medio de la guerra,  
pidiéndonos romances para tu romancero,  
para aquel romancero de la guerra civil  
que salió de tus manos  
y en el que despertaba cantando nuestro pueblo.  
Y te veo aquí mismo —Nueva York, 39—,  
cuando nos fuimos juntos para México,

compartiendo los cuartos del camino  
con Juan de la Cabada,  
cuando Berta y León nos recibieron  
en su casa de Edison  
llorando de emoción y de España perdida.  
Y te veo después en aquel *Litoral*  
en que Pepe Moreno y Manolito  
—¿Te acuerdas, Juan Rejano?  
¿Te acuerdas, Julián Calvo?  
Acordáos conmigo—  
vivieron con nosotros  
un albor de poesía que se apagó en silencio,  
que se acabó de España como todo lo nuestro.  
Y luego, Emilio, hermano,  
te veo con mis libros y con los libros tuyos.  
Allá están en Santiago —solos también—  
en su cuero amarillo, tabaco ya dorado.  
Alguno está compuesto entre los dos,  
y son míos en algo, en algo que tú sabes.  
En la *Minima muerte*,  
desde el forro garbanzo a su título nuestro,  
me dejaste poner mis pobres manos,  
tú, el hombre de la imprenta,  
el poeta de la imprenta,  
que cuidabas los blancos  
como se cuida un huerto,  
y se mira una flor  
sobre un fondo de mar lleno de luz.  
Y recuerdo París  
aquel 46 de duelos y esperanzas,  
sobre un Sena que llevaba a Madrid  
pero amaba demasiado sus puentes,  
cuando llegó, alto y noble, tu gran *Jardín cerrado*  
para acercarme España al corazón,  
para darme tu soledad,  
tu andaluza soledad luminosa  
por el valle ya nuestro,  
por el valle de México y su cielo

que amparó tu poesía y otra vez encendió tu palabra,  
la palabra, el destino y la historia.

3

Oye, Emilio, aunque se me quiebre la voz,  
aunque no pueda decirte nada  
aquí, desde tan lejos de tu tierra última,  
aunque sea incapaz de escribir a Miguel  
—como tampoco pude la otra noche  
escribir a Isabel por la muerte de Concha—,  
querría que sintieses este llanto contigo  
y supieras ahora que no creo en tu muerte  
porque vives conmigo  
y entre lo nuestro todo se me enreda,  
y vienes a lo hondo  
con Pepe por su tierra y su cielo de México,  
y con Manolo —y Federico antes—  
desde esa España que trajimos adentro,  
pero que está tan lejos de las manos  
y tan cerca del ansia, de nuestro afán eterno.  
Y todo, Emilio, todo  
se mezcla con España y para España  
—aquella ira amorosa, tú te acuerdas—  
que nos hace y deshace,  
que nos encuentra y nos pierde por el mundo.  
Y me sube en el llanto aquella risa tuya,  
aquel ceceo lento  
en que la noche de México se hacía de repente  
luz de la Residencia,  
aire seco del Pardo  
—la sierra sola y limpia junto a la noble encina—  
y bajaba siempre  
—¿te acuerdas otra vez?—  
hasta el oro de Málaga,

hasta la luz,  
hasta ese sitio de la belleza  
donde estuvimos juntos,  
en que ya no estaremos  
y que saldrá contigo, con Pepe, con Manolo,  
a encontrarme cuando yo vaya  
si Dios lo quiere un día.  
Y al ver tu muerte aquí, tan lejos de lo nuestro  
—yo más lejos aún en esta tierra extraña—,  
se me ahonda en el pecho esa otra angustia  
de lo injusto hacedero.  
Porque ese Dios que busco hace tiempo  
no puede, Emilio, no puede  
ni debe dejar que pase cada día  
lo que ha pasado ahora y cada día pasa,  
deshaciendo,  
destrozando,  
terminando lo bueno.  
¿Por qué Concha?  
¿Por qué Pepe y Manolo?  
¿Por qué —por Dios, por qué— Federico?  
Y ahora tú, Emilio,  
¿por qué, por qué?

4

Y me voy, me voy quedando solo  
como tú ya lo estabas,  
como todos estamos en el mundo  
cuando nos quitan algo como el alma.  
Y tú también te has ido,  
te me han quitado de repente,  
de repente en tu cuarto de Lerma,  
en tu agreste buhardilla  
asomada en el valle a veces transparente,

para ti transparente.  
Y que no digan —aunque tú lo jurabas—  
que tú estabas enfermo,  
porque la vida era en tu palabra  
y se moría, pero de risa siempre, en tu ceceo,  
y tú, Emilio, cantabas y cantabas  
y el que canta no muere.  
Desde tus barcas, por allá por Maro,  
por las arenas de Torremolinos  
subías y bajabas a la Sierra Nevada,  
mirabas la herradura de Almuñecar,  
venías hasta Vélez y sus pueblos serranos.  
¿Te acuerdas de Torrox,  
y de aquel otro pueblo trepado en una roca,  
Canillas de Aceituno,  
asomándose al cielo,  
en que había una casa en medio de olivares,  
con sus uvas pasas dorándose de sol,  
y en la casa una silla colgaba en la pared,  
imagen venerada e intocable reliquia  
porque en ella se había sentado mi abuelo republicano?  
Y venías a vernos a Nerja,  
a la casa de tío Alberto Giner.  
El mar venía contigo a lo alto de la huerta.  
Y entonces yo —que comenzaba a escribir,  
bajo el rosado júpiter, todo lleno de cielo—  
te miraba tan grande,  
poeta tú ya hecho,  
poeta irremediable, de nacimiento y muerte,  
el poeta que tú eras.  
Tantas veces después —allá en el Guadarrama,  
faldas de la Morcuera, por nuestro Miraflores—  
hablé yo con Vicente de ti y de tu poesía,  
como luego, por México, en la alta madrugada  
nos llegaba Aleixandre hasta el recuerdo vivo  
y entraba en nuestros libros, en el destierro nuestro,  
segura nuestra España en su amistad lejana.

Tú cantabas, Emilio,  
 y el que canta, lo sabes, se vive para siempre  
 y para siempre vive entre los suyos.  
 Así te siento aquí,  
 azul y gris como te vio Miguel Prieto,  
 como te acompañé por las imprentas,  
 cuando componíamos horas y horas  
 los blancos de *Litoral*,  
 y salían —¿te acuerdas que salían: *se sostiene?*—  
 tan limpios,  
 tan azulmente bellos de tus manos.  
 ¡Cuánto te debo, Emilio!  
 ¡Cuánta amistad me colma de ternura  
 el llanto de esta noche,  
 aquí, contigo,  
 tan lejos ya de nuestros años de antes  
 y tan cerca, tan viva la memoria de todo  
 —la memoria increíble por memoria—,  
 y el corazón deshecho!  
 Y te me has muerto lejos,  
 y yo siento tu queja de siempre,  
 tu queja aquella,  
 tu ¡pero Francisco!  
 Y Francisco te tenía y te tiene en su sitio,  
 el imposible, el olvidadizo pero entero Francisco,  
 que no conoce otra fuente de vida  
 que lo tierno que la vida le ha dado  
 y le quita y le quita cada día,  
 para luego añadirle otra nueva hermosura.  
 Eso era tu amistad, tu poesía conmigo,  
 cuando entre las palabras, la risa y la sonrisa,  
 al encendido fuego de una fe siempre firme,  
 se nos llenaba México de España y su recuerdo

hasta su puro cielo deseado.  
Y eso, Emilio, no nos lo quita nadie,  
nadie puede vencer esa luz que tuvimos,  
esa luz que tenemos,  
porque aquí está y estamos como ayer,  
tan lejos de nuestras casas españolas,  
tan lejos de nuestra casa de Milán 13,  
cuando llegabas a ver a Bernardo,  
cuando con María Luisa le sacaste a mi hija pequeña  
un alacrán de la manta en que envuelta lloraba  
y con razón decías que mi hija te debía para siempre  
[la vida.

Ay, hermano mayor,  
pequeño en tu tamaño gris,  
ya blanca la cabeza en los últimos tiempos,  
siempre triste y riendo,  
sonreído de la tristeza de tu vida,  
quejándote, Emilio, entre la risa, de tu propia queja.  
¡Y cómo te quería  
este lejano silencioso,  
este perezoso como tú,  
pero siempre alerta a la ternura alta,  
siempre a tu lado, Emilio!  
Y yo sé sin embargo  
—mi conciencia y mi pena de no haberte visto estos años  
me lo dice—  
que seguirás quejándote  
(¿allá arriba, allá abajo,  
jardín cerrado y abierto,  
Málaga del recuerdo y la presencia?)  
de lo mismo.  
Pero no importa ya.  
Este encuentro de ahora,  
tan lleno de tristeza,  
es otra vez encuentro  
siempre amigo y constante,  
siempre Emilio presente en mis ausencias.  
Y aquí estamos de nuevo.

Ven conmigo a la noche.  
Dejemos —ya borrachos— los borrachos.  
Vamos —Málaga adentro,  
el cielo de Connecticut Avenue cantándonos arriba—  
por esta intúil, ciega,  
esplendorosa primavera de Washington.

*(Washington, 30 de abril, y  
Algarrobo, Chile, 4 de septiembre  
de 1962)*



# *Notas para una autobiografía*



QUIERO CONTAR LA VIDA QUE HE TENIDO



Estos días que he sentido la muerte  
temblar sobre mi frente en desamparo  
y que el dolor cantaba entre la sangre  
su clara anunciación, viva presencia,  
una prisa pasaba por mi pecho,  
una urgencia sin tregua de quedarme  
en algo más que el personal recuerdo  
que guarda en su ternura el ser querido  
o que el amigo deja en su memoria  
hasta su día inexorable y duro.  
Un ansia de palabras perdurables,  
de testimonios vivos para siempre  
en que entregar la fe que me ha llevado  
y el afán que en la vida me ha movido  
buscaba entre mi sueño su sendero.  
He llamado en la noche, solo y triste,  
la fuerza que sentía y me faltaba  
para encontrar de nuevo esa riqueza  
que nunca abandonó mi compañía.  
No era salvarme yo en lo que he sido  
ni en lo que soy ahora, ante la noche  
que me cierra y me niega la mañana.  
Era salvar de mí, dejar sembrado  
lo que he buscado siempre por la edad  
que me tocó vivir y me consume  
en un fuego constante y amoroso.  
Era dejar memoria entre las gentes  
de la belleza que llenó mis días,  
de esa palabra que no halló descanso,  
poesía sola, estrella, sombra dulce  
de un prado en que soñé la interminable  
luz verdadera que la luz cantaba.  
Y aquí está mi palabra, tan pequeña  
que cabe en el papel que le dedico.  
No hay testamento en ella, no hay mensaje

en esta voz que encuentro por mi pecho  
y que dejo plantada en el camino.  
Al borde de una muerte que me acecha  
nada que sea solemne me convoca,  
y acudo a mi poesía, a esta palabra  
que removió las ramas de mi árbol  
con dulce viento siempre compañero,  
para contar la vida que he tenido  
y he querido quemar íntegramente.  
Los poemas que siguen, los que tienen  
esas horas que esperan su llenura,  
son poemas de vida, plena vida:  
frente a la muerte, plena vida siempre.  
Y aspiro sólo a que la esencia guarden  
de lo que traspasó sencillamente  
las horas que se van, para que queden  
en medio del recuerdo de Francisco.

## MUERTE Y VIDA EN EL RIO



Una noche, el agua del Potomac  
me llamaba cantando tercamente  
y me enseñaba entre su nervio frío  
el calor ya perdido de unos ojos.  
La invitación sin fin, la nieve dura  
que entre el agua marchaba río abajo,  
eran ya para mí lo inevitable,  
lo que se quiere ya sin aún saberlo.  
Y otros ojos —azules, sonrientes  
en medio de aquel miedo que tenían—  
me volvieron al prado entre la nieve,  
me sacaron del agua con dos manos  
que nunca olvidaré por su caricia.  
Un alcohol junto al fuego, allá en su cuarto,  
un común cigarrillo rubio y dulce,  
unas cuantas palabras, unas risas  
—mi mal inglés, su blusa, aquel pijama—  
y unos hombros blanquísimos, suaves,  
me llevaron del río hacia la vida  
otra vez, sin Potomac, por la noche.



# **LAS CASTAÑAS DEL SEMINARIO**

*(Ternel)*



Fue un juego alegre entre la triste bruma  
que casi nos tapaba el Seminario.  
En un golpe de mano, la otra tarde,  
quedó en tierra de nadie una casona  
toda llena de nueces y castañas.  
En tres saltos se salva la calleja  
y torciendo una esquina salvadora  
se cae en el oscuro de la casa.  
Se cargan los bolsillos y el macuto,  
se asoma casi un ojo por la esquina  
y otros tres saltos ganan la trinchera  
en que aguardan los demás compañeros.  
El Gobierno Civil, quieto y callado,  
enseña entre sus sacos los fusiles  
que nos quieren cazar mientras jugamos.  
Y el juego se prolonga entre las balas,  
que es un deporte emocionante y duro  
ganarle unas castañas a la muerte.  
No es hombre el niño que no vaya y traiga  
aquel botín entre la ropa oculto,  
y todos vamos, riendo y conteniendo  
el corazón que salta en las zamarras.  
Antonio fue también, con el pañuelo  
que trajo de su último permiso  
cantando su color en la cabeza.  
Lo vimos, ya de vuelta, sonriente,  
asomarse a la esquina del silencio  
y enseñarnos un bulto con sus manos  
para luego quedarse entre la nieve  
—un pasajero silbo, plomo apenas—  
dormido en la calleja para siempre.



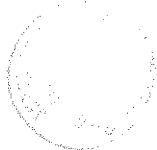
CON LA MADRE DE JUAN



Fue allá en Valencia, por las torres de Cuarte,  
donde supe lo que pesa un silencio  
cuando un nudo nos cierra la garganta  
y todo está ya dicho sin decirlo.  
Un paquete de cartas y de fotos,  
dos camisas y un par de calcetines,  
una bufanda renegrída y roja,  
un dorado reloj y una navaja  
cobran de pronto una terrible vida  
cuando se dan a la madre del muerto.



**COLLIURE, FEBRERO**





Detrás del Canigou de azul y nieve  
me llamaban los cerros españoles  
y yo soñaba aviones en Toulouse  
o barcos por las costas de Levante  
que llevaran a tierras de Castilla.  
Pesaban la amargura y la derrota,  
las horas del Perthus y la frontera,  
pero aún no era destierro aquel destierro  
de Vernet con sus prados y pinares,  
sino tregua en la lucha no acabada.  
Y de repente una mañana supe  
—y su luz toda se nubló en los ojos—  
que en Collioure, frente al mar, en el silencio,  
se apagaba la sien de don Antonio  
y el corazón de España se callaba.  
Y con la pena se me entró en el alma  
la memoria del poeta y su poesía,  
la tierra entera que sintió su pecho  
“vendida toda de río a río,  
de monte a monte,  
de mar a mar”.



*A Juan Rejano*



Hoy, "sin salir de mí", por tu poesía,  
largo camino, Juan, he recorrido,  
y mi angustia y mi fe han florecido,  
hermana de la tuya mi agonía.

Por el dolor, mañana, la alegría  
y ese amor que la tierra ha mantenido  
con su lejano campo revivido  
en el hondón del alma cada día.

En tu íntima muralla se liberta  
y se desata sola la hermosura.  
Hoy del silencio salgo, roto el nudo  
que me ahogaba la voz. Y se despierta,  
en honda comunión con tu amargura,  
sobre tu verso el corazón desnudo.

Se terminó de imprimir el mes de octubre de 1966, en los talleres de Gráficas Menhir, S. A.,  
calle de Galicia número 284, colonia Alamos, de la ciudad de México





